

autoridad tan legítima é incontestable como la suya, ni todos los preladados habian de ser tan circunspectos como los del tercer concilio de Toledo. Pudo entonces aconsejarlo así la política, porque ciertamente la virtud y el saber se habian refugiado en aquellos tiempos á la Iglesia, sin la cual no se hubiera acaso salvado la monarquía; y los Leandros é Isidoros de Sevilla, los Ildefonsos y Julianes de Toledo, y los Braulios de Zaragoza, eran astros que hubieran brillado bien aun en épocas mas adelantadas en civilizaci6n. Pero era difícil que la influencia sacerdotal no fuera convirtiendo el elemento político en fuente inagotable de inmunidades, y hasta de usurpaciones. La inmunidad habia de afectar tambien con el tiempo la pureza de la disciplina.

¿Se ha definido bien la naturaleza y carácter de aquellas asambleas que dieron tan singular fisonomía al gobierno de la naci6n g6tica? Algunos escritores ilustrados han visto en los concilios de Toledo unas verdaderas asambleas nacionales. Nosotros creemos que no era la Iglesia la que entraba á hacer parte de la naci6n, sino que la naci6n era absorbida en la asamblea de la Iglesia. Eranlo casi todo el clero y el rey, poco los nobles, el pueblo nada: y la fórmula *omni populo assentiente* podria significar aquiescencia ó beneplácito, no aprobaci6n deliberativa. Ellas, no obstante, encerraban el gérmen de otras asambleas mas populares que con el tiempo les habian de suceder.

Revelábase ya tambien bajo el imperio de los godos el genio naciente de la Inquisici6n, cuyo férreo brazo habia de pesar tan duramente sobre España. Contaba ya siglos de existencia el cristianismo; y la religi6n, tan pura y tan suave en los primeros tiempos, se fué convirtiendo por el fanatismo de príncipes y clérigos en intolerante y dura. Iglesia y trono, concilios y reyes, se mostraban perseguidores inexorables de esa raza desventurada, marcada con el sello de la venganza divina, siempre engañada, pero creyente siempre, inflexible y tenaz, propia para fatigar con su ciega inquebrantable constancia los gobiernos de los pueblos en que toma asiento. Solo un celo fanático puede explicar la conducta de un Sisebuto, llorando la sangre de los enemigos que se veia obligado á derramar en la guerra, rescatando con su propio dinero los cautivos que hacian sus soldados, y decretando al propio tiempo el exterminio de la raza judaica. «Porque gracias á la ardiente fe del monarca, decian los padres del sexto concilio de Toledo, que no deja vivir en su reino un solo hombre que no sea católico, nadie podrá subir al trono sin pronunciar el juramento de no tolerar el judaismo, y el que falte á él será maldito, y ser virán de alimento al fuego eterno él y todos sus cómplices.» Así la desesperaci6n convirtió en vengadores terribles á los que el fanatismo se empeñaba en hacer víctimas. Si mas adelante vemos á los judíos de España concertarse con los sarracenos de África para vengar la opresi6n de los godos, no lo extrañemos: lo propio habian hecho antes los españoles, acogiendo á los godos por no sufrir la tiranía de los romanos. Lo hemos dicho otra vez: los pueblos duramente vejados, están siempre dispuestos á cambiar de señores. Harto lo lamentaban ya los mas ilustres y sabios preladados católicos.

Es un error atribuir la caida del reino godo á los vicios y demasías de Witiza y á los excesos y debilidad de Rodrigo. Hartas causas venian preparadas de atrás para ir llevando la monarquía goda á una declinaci6n prematura. Y no era acaso la menor entre ellas la de no poder subir al trono el que no descendiera de la noble sangre goda: condici6n que impedia unirse en los corazones godos é indígenas, vencedores y vencidos.

Tal vez no fué Witiza ni tan irreligioso, ni tan tirano, ni tan libertino como nos le pintó la historia de su tiempo, ni tan ilustre y tan gran reformador político y moral de las leyes y las costumbres como algunos sabios críticos posteriormente nos le han dibujado. Es lo cierto, que bajo este personaje de cuestionada reputaci6n se desarrollaron con mas violencia las parcialidades, y que el bajó del trono lanzado por un partido ofendido é irritado, que aclamó y ensalzó á Rodrigo, destinado á desplomarse con la monarquía, que de años atrás venia arrastrando una existencia vacilante.

Porque los bandos intestinos, capitaneados por la facci6n

y la familia de un monarca destronado, conspiraban contra los parciales y sostenedores del monarca reinante, que habia sido conspirador á su vez; porque las costumbres andaban relajadas y sueltas, y la molicie tenia enervados los brazos que hubieran necesitado esgrimir con vigor las armas; porque los hijos del Dnieper y del Danubio habian perdido la raza y los instintos severos que los habian hecho conquistadores y vencedores; porque el trono se hallaba desprestigiado con las humillaciones, vivas y exacerbadadas las rivalidades, y el descontento y la discordia despedazaban el estado; en tal situaci6n no era posible que el pueblo godo pudiera resistir la impetuosa invasi6n de otro pueblo vigoroso y fuerte. Y este pueblo y esta invasi6n no habian de faltar, porque nunca falta la intervenci6n providencial, cuando una sociedad exige ser disuelta ó regenerada. Así el robusto imperio de Occidente, iniciado por el aventurero Alarico, comenzado en España por Ataulfo, proseguido por Walla, convertido en estado por Teodoro, redondeado en la Península por Eurico, esplendente bajo Leovigildo, hecho católico por Recaredo, completado por Suintila, conservado enérgicamente por Chindasvinto, restaurado por Wamba, degenerado y flaco bajo Egica y Witiza, vino á desmoronarse en un dia bajo el desventurado Rodrigo.

## VI

Tocó ser instrumentos de esta misi6n á los hijos del Profeta.

Esta vez es el Oriente el que viene á intimar al Norte que su dominaci6n ha concluido, como antes el Norte habia sido llamado á derrocar el imperio del Mediodía. Es la raza semítica que aspira á reemplazar á la raza japhética y á la raza indo-germánica. Entonces como ahora todo estaba providencialmente preparado para una gran revoluci6n. Entonces Roma degenerada y muelle pudo oír el confuso murmullo de aquel enjambre de bárbaros, que apostados á los confines septentrionales de su imperio, no esperaban sino la voz de «avancen,» para lanzarse sobre él. Ahora los godos pudieron oír el sordo ruido de las formidables masas de guerreros árabes, que desde las playas africanas esperaban la voz de «adelante» para cruzar el piélago y arrojarse sobre España. Un rio habia tenido á los godos separados del imperio romano; un estrecho de mar tenia ahora á los árabes separados del reino godo. Detenidos por las olas, pero aguijados del deseo de plantar el estandarte del Profeta en el mundo de Occidente, el miserable estado de la monarquía g6tica les brindaba ocasi6n oportuna; la venganza y la traici6n les tendieron su mano, y guiados por ella surearon el estrecho los hijos de la Arabia y los del Magreb en la primavera del año 11 del octavo siglo de la era cristiana. El sol del 30 de abril alumbró el desembarco de los nuevos huéspedes en Algeciras y al pié de la gran roca de Gibraltar, que todavía conservan poco variados los nombres que los invasores les pusieron, como si su primer paso quisiera anunciar ya la intrusi6n de su lengua en la del país que venian á conquistar.

No vienen estos, como los septentrionales, ganados al cristianismo. Al contrario, vienen á imponer otra religi6n, otro culto y otra moral. No traen por símbolo la cruz, sino la cimitarra. Su culto es el de Mahoma, su dogma el fatalismo, su moral la del deleite, su principio político y religioso el despotismo temporal y espiritual, su pensamiento acabar con toda la civilizaci6n que no sea la del Koran.

Pronto se encuentran cristianos y musulmanes, porque Rodrigo ha acudido á defender su reino de aquellas gentes extrañas, que al decir de Teodomiro no se sabe si son venidas del cielo ó de la tierra. Pronto se cruzan las armas, y se empeña un terrible y desesperado combate.... ¿Qué significa ese quejido de dolor que ha resonado en toda España? Es que el monarca y la monarquía goda han quedado á un tiempo ahogados en las ensangrentadas aguas del Guadalquivir. No la España sola, el mundo entero oyó absorto que los guerreros del Koran habian vencido á los soldados del Evangelio. Pereció el grande imperio g6tico de Occidente bajo los golpes de la cimitarra de Tarik, siglo y medio despues de haber muerto el de Italia al filo de la espada de Belisario. Porque apenas me-

rece ya el nombre de resistencia la que algunas ciudades oponen á los vencedores, los cuales pasean orgullosos los estandartes del Profeta por todo el ámbito de la Península, y no tardan en ondear sobre la cúpula de la gran basílica de Toledo.

Ya no se vuelve á hablar de reino g6tico: ya no hay godos hispanos, ni hispano-romanos; la conquista ha borrado estas distinciones, que una fusi6n nunca completa habia conservado por mas de dos siglos.

Árabes y moros se derraman por todas las comarcas de la Península y la inundan como un rio sin cauce. La naci6n ha desaparecido: ella resucitará.

Habiase detenido la inundaci6n ante una cordillera de escarpadas rocas, á cuya espalda se escondia un pobre rinc6n de España, que los invasores, ó no conocieron, ó acaso al aspecto de su pobreza le menospreciaron. No habia sin duda entre los sarracenos uno solo que supiera ni la geografia de lo presente, ni la historia de lo pasado. No hubo quien les dijera: «Mirad que detrás de esas breñas, y dentro de las estrechas gargantas y hondos valles que á vuestros ojos encubren, se esconde un pequeño pueblo que se atrevió á desafiar el poder de Roma cuando Roma era ya la señora del mundo: mirad que ese pequeño pueblo de montañeses no ha cesado de protestar por cerca de tres siglos contra la dominaci6n de unos extranjeros que profesaban su misma fe, y que protestarán con mas energía contra otros extranjeros que vienen á quitarles su patria y á imponerles una nueva fe y una nueva religi6n.»

«Dios habia querido, dice la crónica, conservar aquellos pocos fieles, para que la antorcha del cristianismo no se apagara de todo punto en España.» Y así fué. Mantuviéronse allí sin ser hostilizados los bravos astures, y los que de otras provincias acudieron á refugiarse al abrigo de sus riscos, el tiempo suficiente para reorganizarse del primer aturdimiento y concebir el temerario plan de resistir á las huestes agarenas en ninguna parte vencidas, y de fundar allí una nacionalidad. Ofrecese á guiarlos en tan arrojada empresa un hombre de acci6n y de consejo, jefe atrevido y prudente, que nunca desesperó de la causa de su religi6n y de su patria. Poco importa que Pelayo fuese un noble godo, hijo de un duque de Cantabria y deudo de los monarcas destronados, como afirman las crónicas cristianas, ó que fuese Pelayo el Romano, *Belay el Rumi*, como le apellidan las historias árabes; puesto que ya no habia diferencia entre godos y romano-hispanos, y todos eran cristianos y españoles, porque la patria y la fe los habian congregado allí.

Cuando el rumor de la reuni6n de aquellas pobres gentes llegó á oídos del walí El-Horr, y cuando Alkhaman de órden suya penetró con una hueste sarracena por entre las quebradas y desfiladeros de Asturias, Pelayo y su pequeño pueblo se recogieron á hacerse fuertes en la concavidad de una roca, en la cueva de Covadonga, ignorada del mundo entonces, y conocida y célebre en el mundo despues. ¿Quién podia creer que aquella cueva encerrara una religi6n, un sacerdocio, un trono, un rey, un pueblo y una monarquía? ¿Quién podia creer que el pueblo cobijado en aquella cueva como un niño desvalido, habria un dia de abarcar dos mundos como un gigante fabuloso? ¿Ni que aquella monarquía que se albergaba tan humilde con Pelayo en Covadonga se habia de levantar tan soberbia con Isabel en Granada?

Los árabes dan principio al ataque contra aquella rústica ciudadela y se realiza el combate mas maravilloso que se lee en las páginas de la humanidad. Que si los dardos agarenos no se volvian de rebote contra los mismos que los lanzaban, si las montañas y las rocas no se desplomaban contra ellos, y el terreno no se hundia bajo sus piés; si no se realizaron todos estos milagros que los escritores cristianos consignan, realizóse un prodigio que los musulmanes no han podido desmentir, el de haber aniquilado un puñado de rústicos y mal disciplinados montañeses al numeroso, organizado y nunca vencido ejército musulmán. O el favor de Dios y la protecci6n providencial no se manifestan nunca visiblemente en favor de una causa y de un pueblo, ó no pudo ser mas evidente su intervenci6n en favor de aquella pequeña grey de fervorosos cristianos, restos de la monarquía católica pasada, y principio de la monarquía católica futura.

En efecto, la fe es la que ha alentado á esos pocos españoles á emprender esa generosa cruzada contra los sectarios del Islam, que se inicia en Covadonga. Ella es la que va á enlazar la sociedad destruida con la sociedad que comienza á nacer. Así se enlazan las edades y los principios. La conversi6n de Constantino á la fe cristiana fué el eslabon que unió la vieja sociedad romana con las nuevas sociedades formadas de las razas septentrionales. La conversi6n de Recaredo al catolicismo fué el lazo que habia de unir la España g6tica con la España independiente. El espíritu religioso será el que la guie en la lucha tenaz y sangrienta que ha inaugurado. La religi6n y las leyes fueron, ya lo dijimos, las dos herencias que la dominaci6n goda legó á la posteridad, y estos dos legados son los que van á sostener los españoles en esta nueva regeneraci6n social. Tan pronto como tengan donde celebrar asambleas religiosas, pedirán que se gobierne su iglesia *juxta Gothorum antiqua concilia*; y tan luego como recobren un principio de patria, clamarán por regirse *secundum legem Gothorum*. Así la España irá recogiendo de cada dominaci6n y de cada edad los principios que han de ir perfeccionando su organizaci6n; y no parece sino que la Providencia estuvo deteniendo la invasi6n de los árabes, hasta que estuviera acabado el fuero de los Jueces, y permitió que la invadieran á poco de haberse concluido, como si no hubiera querido privarla de su existencia pasada hasta dotarla del principio de su vitalidad futura.

Importa poco que á Pelayo le dieran ó no el título de rey antes ó despues de su famosa victoria. La posteridad se le ha adjudicado, y el mundo se le ha reconocido, puesto que ya no se interrumpió la sucesi6n de los que despues de él fueron siendo reyes de Asturias, de Leon, de Castilla, de España y de los Dos Mundos.

Aquella congregaci6n de militares, labradores, pastores, sacerdotes y artesanos, fué atreviéndose á descender de las empinadas sierras, y á ocupar poco á poco los valles y los llanos, donde se ejercitan en las armas, apacientan ganados, desmontan terrenos, cortan maderas de los bosques, y edifican primero templos y despues casas; porque para aquellos piadosos montañeses primero es construir moradas para Dios que viviendas para los hombres. De todas partes confluyen cristianos á aquel asilo de la independencia, y llevando cada cual una industria, un oficio ó una espada, aumentan y fortalecen la poblaci6n, fundan una pequeña capital correspondiente á la pequeñez del reino, y se preparan á mayores empresas.

No era mediado aun el octavo siglo, cuando sintiéndose estrechos en tan reducidos límites, y considerándose bastante fuertes para no necesitar de sus rústicos atrincheramientos, salieron á desafiar á los árabes en los campos y pueblos por ellos dominados. El hacha de Cárlos Martel hace cejar á los musulmanes por la parte de la Aquitania G6tica que habian invadido, amenazando al corazon de la Francia, y difundiendo el espanto por toda Europa; y Alfonso el Católico de Asturias emprende una serie de gloriosas excursiones, llevando el terror y la devastaci6n delante de su espada á tal punto, que los mismos sarracenos le nombran Alfonso el *Temido* y el *Matador de gentes*. Las armas cristianas recorren la Galicia y Lusitania, los campos G6ticos, la Cantabria y la Vasconia hasta los Pirineos Occidentales. Sin embargo, estas conquistas no pueden tener el carácter de permanentes. Harto hace Alfonso I en enseñar á los infieles que no es solo al amparo de los riscos donde saben vencer los cristianos, en poner en contacto á los fieles de uno y otro extremo del Norte de la Península, y en enseñar á sus sucesores el camino de la restauraci6n.

La destrucci6n ha sido grande, y la nacionalidad tiene que irse reconstruyendo lentamente: el árbol que retoña al pié de la centenaria encina, arrancada por el furioso vendabal en un dia de borrasca, no puede crecer de repente. Pasa, pues, medio siglo y cinco reinados oscuros, desde las brillantes y pasajeras correrías de Alfonso el Católico, hasta las adquisiciones permanentes de Alfonso el Casto, el cual llega á medirse con Cárlo-Magno, la figura mas gigantesca de aquellos tiempos, y pacta ya formales treguas con el emir de Córdoba, como de poder á poder.



Llega el siglo nono, y otro tercer Alfonso, llamado con justicia el Grande, lleva sus huestes hasta mas allá del Guadiana, y hace brillar las armas cristianas ante los muros de Toledo. El jefe del imperio musulman se humilla á solicitar de él una paz solemne, y el tercer Alfonso designa ya á sus hijos la ciudad de Leon como la residencia futura de los monarcas cristianos.

A la voz de Asturias respondió pronto el eco de Navarra, y el pendon de la fe que se enarboló en las cumbres de los Pirineos Occidentales no tardó en tremolar tambien en el Pirineo Oriental. Pero faltaba al pueblo cristiano un centro de unidad y de accion. Cada monarca gustaba de pelear aisladamente y de cuenta propia; sujetábanse tal cual vez unos á otros de mal grado, y los reyes de Asturias no podian recabar de los cántabros y vascos sino una dependencia ó nominal ó forzada. Era el genio ibero que habia revivido con las mismas virtudes y con los mismos vicios, con el mismo amor á la independencia, y con las mismas rivalidades de localidad.

Por fortuna no andaban los conquistadores mas acordes y avenidos. A la unidad momentánea de impulsión, que los hizo irresistibles como invasores, sucedieron luego las antipatías de raza y los odios de tribu que ya dejaron implantados los primeros jefes de la conquista. Además de las diferencias entre árabes, sirios y egipcios, los mismos árabes, especie de aristócratas privilegiados, se dividían en varias categorías, segun que sus razas se aproximaban mas en origen á la del Profeta, ó que conservaban mas puras las tradiciones del Islam. Y todos tenían contra sí á los africanos berberiscos, conquistados antes por ellos, sus aliados forzosos despues, mas groseros y menos creyentes, que no desaprovechaban ocasion de vengar con ruda animosidad su mal tolerada dependencia. La distancia que separaba la Península del gobierno central favorecia el desarrollo de sus discordias, pues tenían tiempo para devorarse entre sí los musulmanes de España, antes que la accion del gobierno superior, debilitada con la larga escala que tenia que recorrer, pudiese aplicar el oportuno remedio.

La angustia misma de su situacion les sugirió el pensamiento de fundar en España un imperio independiente del de Damasco. Pronto las playas de Andalucía resuenan con un grito de regocijo y con una aclamacion de entusiasmo. Era que saludaban al jóven Abderrahman ben Merwan ben Moawiah, de la ilustre estirpe de los Beni-Omeyas de la Arabia, único vástago de su esclarecida familia que habia librado milagrosamente su garganta de la tajante cuchilla de los Abbasidas. Este tierno prófugo, cuya juventud era un tejido de azares dramáticos y de episodios novelescos, fué el escogido por las tribus árabes y sirias para ocupar el trono del futuro califato español, y venia desde el fondo del desierto á tomar posesion del solio.

Funda, pues, Abderrahman el imperio de los Omniadas, la dinastía mas brillante que ocupó jamás los tronos del mundo, y la raza árabe, noble, ardiente y generosa como sus corceles, se sobrepone á la raza berberisca, inquieta, turbulenta y pérfida como los númeridos sus antepasados.

Realiéntase y se vigoriza con esto el imperio musulmán español, pero no por eso desmaya el denuedo ni se entibia la fe de los cristianos. Antes bien principia mas propiamente ahora esa grande epopeya de dos pueblos caballerescos, que se odian por religion y que rivalizan en arrojo en la pelea. Lucha sublime, en que se ve el ardor y la sangre de la Arabia en pugna incansante con el estoicismo cristiano de los hijos de Occidente: escenas africanas mezcladas con las tiernas emociones del cristianismo: mahometanos que se arrojan á la muerte con la confianza de alcanzar el paraíso, y cristianos que pelean alentados con la esperanza de ganar el cielo: ejércitos que se contemplan protegidos por la sombra del pendon de Ismael, y combatientes á quienes amparan los brazos de una cruz: la superstición mezclada en unos y otros con la fe, y unos á otros apellidándose infieles y descreídos: la Europa y el mundo, el cielo y la tierra esperando el desenlace de esta grande Iliada, que aguarda todavia un Homero cristiano que la cante dignamente. El tiempo dirá quién mostró ser mas poderoso, si el Allah de los islamistas, ó el Dios de los cristia-

nos, si Mahoma ó Jesucristo, si el Koran ó el Evangelio, si la cimitarra ó la cruz.

Verdaderamente, al contemplar el gran desarrollo, el engrandecimiento y poderío que alcanzó el imperio mahometano de España bajo la dominación de los Omniadas, de aquellos esclarecidos Califas que ocuparon el trono de Córdoba desde mitad del octavo hasta entrado el undécimo siglo; de aquellos príncipes filósofos y guerreros, estirpe privilegiada, de que apenas salió algun vástago que no mereciera un lugar distinguido en la galería de los grandes jefes de los imperios: al ver las huestes agarenas franquear los Pirineos, invadir la Aquitania franca, tomar á Narbona, incendiar los arrabales de Marsella, hacer al Africa una dependencia de España y dominar á uno y á otro lado del Mediterráneo: al ver á los Césares de Bizancio y á los emperadores de Alemania, los Teófilos y los Othones, enviar embajadas solemnes con demandas de auxilio ó proposiciones de alianza y amistad, á los Abderrahmanes de Córdoba: al ver aquellas masas innumerables de guerreros que á la voz del *alghied* ó guerra santa se congregaban, reunidos los estandartes de España con los de Africa (gran depósito de reserva, y retaguardia invulnerable del imperio), para atacar á los pobres cristianos que ocupaban unos retazos de esta Península allende el Ebro ó del otro lado del Duero, parece inverosímil, ya que no imposible, que los soldados del cristianismo se atrevieran á medir sus fuerzas con tan gigantesco y formidable poder.

Y sin embargo hicieronlo así. Y el éxito fué mostrando que no hay triunfo imposible cuando la causa es justa, ni empresa temeraria cuando se acomete con arrojo, se sostiene con perseverancia y se prosigue con fe. A los Abderrahman, á los Alhakem y á los Hixem, oponían los cristianos los Ramiro, los Ordoños y los Alfonsos; Almuadhafar se encontraba con un Fernán Gonzalez; y si los sarracenos contaban con un Almanzor *el Victorioso*, no les faltaba á los cristianos un Rodrigo *el Campeador*.

En todos los extremos de la Península resonaba un mismo grito de independencia: en cada territorio se organizaba un pequeño estado que servía de antemural al torrente de la dominación. Los reyes de Leon sostienen como buenos el honor de las armas cristianas. En Castilla se constituye un condado, que despues ha de ser reino, destinado á soportar el peso de la contienda. Las fronteras de Castilla y de Leon, mil veces ganadas y perdidas por árabes y españoles, sirven por cerca de dos siglos de baluarte á la cristiandad. En Navarra los Garcíaes y los Sanchos dilatan prodigiosamente los límites de aquel pequeño reino, de origen oscuro y cuestionado. En los Pirineos Orientales, sobre el cimiento de la Marca Gótica, fundada por Carlo-Magno y Luis el Pio, se erige el condado de Barcelona, que franco primero, español despues y cristiano siempre, ocupado sucesivamente por los Wifredos, los Borrelles, los Berengueres y los Ramones, forma otro dique en que va á romperse el oleaje de las algaradas musulmicas: dique que se ensancha hasta incorporarse con Aragon, cuyo estado ven nacer los Omniadas antes de la disolucion de su imperio.

A la segunda mitad del siglo x, bajo Abderrahman III y Alhakem II, llega el Califato á un grado asombroso de grandeza y de esplendor. El primero es el reinado de la conquista y de la magnificencia; el segundo es el imperio de las letras y de la cultura. Abderrahman III, *el Magnífico*, el primero que toma el título de Califa á imitación de los de Damasco, el Iman, el Emir Almumenin, acaba con todas las sediciones intestinas, gana á Toledo, último atrincheramiento de los rebeldes, destruye en Africa los califatos de Fez y de Cairwan, y teniendo con una mano sujeta el Africa y ejerciendo con otra un protectorado discrecional sobre todos los estados cristianos de España, ve desde el fantástico palacio de Zahara, mansion de maravillas, de voluptuosidad y de deleites, postrarse á sus piés embajadores de los Césares de Oriente y de los emperadores del resto de Europa, venir á solicitar su amistad los representantes de los soberanos de Francia, de Borgoña y de Hungría, acogerse á su patronato y apoyo el conde de Barcelona y el rey García de Navarra, á Sancho *el Gordo* de Leon ir á buscar á Córdoba los recursos de la medicina y la tutela del Califa, á Ordoño IV *el Malo* pedir un

rincon del vasto imperio musulman en que acabar triste y oscuramente sus dias: aliados, en fin, cuya flaqueza le garantia su fidelidad, ó protegidos que le debian su corona y le retribuian una dependencia y sumision moral. Alhakem II, amparador de las letras y protector de los doctos, sustituye las bibliotecas á los campos de batalla, los cantos poéticos al ruido de los atabales, los certámenes literarios á los combates sangrientos, y las academias á los triunfos del alfanje; lleva á las musas á habitar su alcázar, y sus graciosas esclavas Rhedyá, Aischa y Maryem, recuerdan las Safos, las Aspasiaes y las Corinas de los bellos tiempos de Grecia. Era el uno el César, y el otro el Augusto del imperio musulman. Desgraciada estrella tenia que lucir á los cristianos.

Eclípsase esta casi totalmente con Almanzor, el grande, el guerrero, el victorioso; genio privilegiado y conjunto admirable de tacto político, de talentos literarios y de intrepidez bélica; que en veinticinco años gana cincuenta batallas á los cristianos, cayendo sobre ellos como un meteoro abrasador de incierto rumbo, y reduciendo su reino casi á los estrechos confines del tiempo de Pelayo. Las campanas de la catedral de Compostela son trasportadas á Córdoba en hombros de cautivos cristianos para servir de lámparas en las naves de la grande aljama, y hasta las reliquias de los santos y los huesos de los mártires, conducidos por monarcas fugitivos, van á buscar un altar seguro en las cuevas y rocas inaccesibles de Asturias.

No hay al parecer medio humano que pueda salvar la causa de la independencia y la causa del cristianismo. Pero le habrá: porque no es la civilización de Mahoma la que está llamada á alumbrar la humanidad, ni el astro que ha de guiarla en su carrera. Caerá el coloso, porque la Providencia vendrá otra vez en ayuda de este pobre pueblo, que por lo menos ha tenido el mérito de no desconfiar nunca de la justicia y de no desmayar jamás en la fe.

La comun necesidad y peligro inspira á los príncipes cristianos el pensamiento, aunque harto tardío, de la union, y deponiendo rivalidades y discordias, se determinan á arriesgar en una batalla y á jugar en un dia sus comunes destinos, los destinos de ambos pueblos, los destinos de la cristiandad. Los ejércitos se avistan, se encuentran en los campos de Calat-Añazor (*la cuesta de las Águilas*), y se trava la terrible pelea... O los *ataqueviras* de los soldados de Mahoma no han llegado á Allah, ó Allah ha sido impotente ante el Dios de los cristianos, y Almanzor *el Victorioso* ha dejado de ser el Invencible. Almanzor deja de existir, y es enterrado en Medinaceli, en la caja de polvo que habia ido recogiendo del que sacaba en sus vestidos en cada batalla. Aquel polvo cubria veinticinco años de gloria suya, y un dia de gloria para los cristianos. El desastre de Guadalete ha sido vengado en Calat-Añazor. Ahora como entonces se oye un quejido de dolor en toda España; pero ahora es la España musulmana la que se lamenta. La España cristiana hace resonar las bóvedas de sus templos con el himno sagrado que la Iglesia destina á dar gracias á Dios por las prosperidades de la cristiandad.

Con razon se vistió de luto el pueblo musulman, porque la muerte de Almanzor era la muerte del imperio. Su desprestigiado califa Hixem, soberano sin autoridad y niño de por vida, esclavo en su alcázar y rodeado de muchachos y de jóvenes y mujercuelas, sirve ya solo de miserable juguete á los que se disputan la herencia de un trono, ni vacante en realidad, ni en realidad ocupado; pregónale muerto ó le proclaman vivo ó resucitado, le enseñan ó le esconden al pueblo á manera de maniquí, segun conviene á las miras de un pretendiente astuto ó de un eunuco de palacio. El trono de Córdoba se hace presa del mas atrevido usurpador, como el de Roma en tiempo del Bajo Imperio. Se desencadena el odio de tribus, y se devoran entre sí, disputándose con horroroso encarnizamiento los despojos del Califato que se desmorona. Desaparece la noble raza de los Beni-Omeyas, y sobre las ruinas del poco há tan soberbio imperio, se levantan tantos reyezuelos como son los walis y las ciudades musulmanas.

Entre tanto los monarcas cristianos se contentan con ser solicitados por los competidores al trono musulman, con inclinar la balanza al lado donde arrojan su espada, y con hacer

reyes á los mismos que pudieran hacer vasallos. Sin embargo, se restaura la basílica de Compostela; Leon se reconstruye; los desmantelados muros de Zamora se reedifican. Alfonso V de Leon puede celebrar ya un concilio en la resucitada ciudad. Los Berengueres de Cataluña dominan desde Rosas hasta la desembocadura del Ebro. Aragon se constituye. Sancho el Mayor de Navarra dilata prodigiosamente su diminuto estado. Padre de reyes y repartidor de reinos, hace á Fernando primer rey de Castilla. Fernando se ciñe las dos coronas de Castilla y de Leon, y somete á tributo los emires independientes de Toledo, Zaragoza, Badajoz y Sevilla. Por último, Alfonso VI, rey de Castilla, de Leon y de Galicia, se apodera del primero y mas inexpugnable baluarte de la España sarracena, de la inmortal Toledo. La antigua corte de la España gótica vuelve á ser la capital de la España cristiana. Es el 25 de mayo de 1085.

## VII

El imperio omniada ha caído. Se ha desplomado desde la cumbre del poder, casi sin declinacion, casi sin gradacion intermedia entre su mayor grandeza y su total ruina. ¿Cómo descendió desde la cúspide al abismo? El prodigio de su engrandecimiento explica el de su caída. Las relevantes cualidades y especiales talentos de sus califas lo habian hecho todo. La grandeza moral del pueblo no existía; estaba toda en el jefe del estado. El peso del edificio cargaba sobre la cabeza. Faltó el jefe, y con él se desplomó el imperio, como una estatua sin pedestal.

No era esto solo. Vivian inextinguibles las antipatías de casta y de tribu, de origen, de costumbres, de inclinaciones y de creencias. Las eternas rebeliones de los Hafsun y de los Caleb, trasmitidas de generacion en generacion, probaban que la raza feroz de los hijos del Atlas ni transigia ni perdonaba jamás á la raza mas culta de los hijos del Yemen. El Africa habia enviado hombres á los soberanos de Córdoba, mientras meditaba cómo enviarles señores. Y tan pronto como halló ocasion, esa raza indómita, que tuvo el privilegio de conservar los instintos salvajes en medio de un pueblo civilizado, destruyó con su propia mano los brillantes mármoles de los palacios de Córdoba, holló con su ruda planta los elegantes jardines de Zahara, é hizo hogueras de la biblioteca de Merwan, adquirida á precio de oro. Vándalos del Mediodía, hicieron con Córdoba lo que con Roma ejecutaron los bárbaros del Norte. Acababan los árabes, y comenzaron los moros.

Mahoma cometió un olvido imperdonable al fabricar la constitucion del imperio. No hizo una ley de sucesion al trono. Y los califas, arrogándose la facultad de elegir sucesor de entre sus hijos ó deudos, sin atender ni á la primogenitura ni aun á la estricta legitimidad, prefiriendo á veces un nieto á los hijos, ó un postrer nacido á los hermanos primogénitos, pocas veces dejaron de ver ensangrentadas las gradas del trono por los miembros postergados de aquellas familias que la poligamia hacia tan numerosas, y las guerras comenzaban por domésticas y concluían por civiles. Los godos y los cristianos de los primeros tiempos de la restauracion sufrieron por la misma falta iguales inquietudes. ¿Cuánto tardaron los hombres en conocer las ventajas de esa institucion, menos bella pero menos fatal, de la sucesion hereditaria!

¿Qué representaba el pueblo musulman al lado del pueblo cristiano? El uno el triple despotismo de un hombre, á la vez monarca, pontífice y jefe superior de los ejércitos. La nacion no existía; era una congregacion de esclavos, en que todos lo eran menos el señor de todos. Aparte del fanatismo religioso, ¿qué aliciente tenían para ellos las fatigas de una eterna campaña?

Sabian que desde Mahoma hasta la consumacion del imperio, su condicion, inmutable como la ley, no habia de variar nunca; esclavos siempre; ni una franquicia que adquirir, ni una institucion que ganar. ¡Ay de ellos, si se atrevian á quejarse de que el botin de sus triunfos sirviera para las prodigalidades de un califa, que desde el artesonado salon de su suntuoso alcázar le repartía entre las poetisas que le adornaban con el arrullo de sus versos ó de sus cantos, ó de que